



Associació Veïns Nucli Antic Burjassot

El Jardín de la Dehesa del Castell, una joya ornamental de Burjassot

El mismo silencio y recogimiento que se desprende en el interior de los muros del Castillo se respira cuando tras de mí, el director del colegio, José Vicente, tan amable como siempre, se despide, cierra la puerta y me permite pasear y disfrutar en solitario del interior de los jardines privados del edificio.

Escuchando mis propios pasos, y como succionado por el interior del jardín, tengo la sensación de estar a punto de vivir un momento especial, una situación privilegiada al adentrarme en él, de penetrar en los secretos que guarda fiel y celosamente la espesura vegetal magnífica en la que se ha convertido en la actualidad el jardín del Castillo de San Juan de Ribera.

Aunque el material principal es la vegetación, no quiero referirme al jardín con la visión científica y empírica de los botánicos, sino con el parámetro de la estética del paisaje, considerando, como argumentaba Rousseau, que los árboles, los arbustos, las plantas, son el adorno y el vestido de la tierra.

Este jardín histórico se remonta a principios del siglo XVII, y posee una superficie que supera los 60.000 m². Juan de Ribera, además de esta propiedad poseía también el Hort del Patriarca ubicado en lo que hoy conocemos como la calle Alboraya.

El pinar es la visión que domina en el jardín en su estrato arbóreo, y en arbustos, el aladierno y el espino (*Rhamnus alaternus* y *licioides*), junto al lentisco (*Pistacia lentiscus*) y el labiérnago u olivilla (*Phillyrea angustifolia*) conforman este paisaje tan evocador.

Una tranquilidad llevada al extremo nos sale al encuentro. Nada más abandonar el camino que circunda el edificio, y dirigiéndome en sentido oeste, atravesamos una frondosa masa constituida por un ejemplar extraordinario de parra (*Vitis vinifera*) que serpentea pacientemente por la pared hasta llegar a un entramado metálico instalado en una pequeña azotea en el primer piso y que con toda certeza genera una reconfortante sombra que protege dicho habitáculo del justiciero sol del mediodía en los meses más tórridos.

Enmarcando el acceso al espacio abierto se alza hacia el cielo un grupo de ejemplares de palmeras constituido por una palmera canaria (*Phoenix canariensis*) y varias Whashingtonias (*Whashingtonia robusta*) que comparten casi un mismo espacio con un maravilloso y esbelto ciprés, que a modo de marco circunscribe la entrada de luz que, traviesamente, se cuele entre el entramado de hojas de palmera que se azotan suavemente con

la leve brisa que en la mañana de este sábado de diciembre peina sus palmas secas.

El entorno es cautivador. Más adelante me encuentro con lo que en su día se diseñó como el huerto aldeaño al Castillo. Junto a restos de un aljibe aparentemente en uso, se dibuja, y todavía perdura, un seto reducido a grupos irregulares de arbustos que apenas delimitan unas difuminadas alineaciones de evonimus (*Euonimus japonica*), pitosporum (*Pyttosporum tobira*) y aladiernos (*Rhamnus alaternus*) y que circunscriben pequeños arriates conformados a base de naranjos (*Citrus aurantium*), limoneros (*Citrus limón*), caquileros (*Dyospiros Kaki*) y algún ejemplar suelto de granado (*Punica granatum*).

En el fondo, y recostada en una de las fachadas del Castillo, se yergue una atractiva e inusual pérgola, conformada sobre pilares irregulares de cemento imitando





troncos de madera en su textura y sobre la que extiende sus tentáculos una mezcla entrelazada de parra y de bignonia naranja (*Bignonia radicans*). Cerca de la escalera en la que desemboca dicha pérgola nos encontramos con un soberbio ejemplar de mirto (*Mirtus communis*) que vigila expectante, junto a un arce (*Acer negundo*), nuestro paso hacia una pequeña estancia de donde parte el entramado de caminos, que dibujados sus márgenes con piedras, se extienden a lo largo y ancho de todo el jardín, constituyendo el esqueleto donde se sustenta las diferentes partes en las que se ha dividido el espacio que nos disponemos a explorar. Junto a la senda se alza una Jacaranda (*Jacaranda mimosifolia*) y un magnífico y majestuoso ejemplar de lentisco (*Pistacia lentiscus*) que supera los 5 metros de diámetro de copa.

Continuando nuestra andadura hacia el oeste, bajo la sombra del mejor ejemplar de *Pinus halepensis* que hay con vida en el interior del jardín, y junto al muro que delimita el parque con las edificaciones de la calle Huertas, se eleva tortuosamente hacia la luz una ostentosa higuera (*Ficus carica*) que podría ser, habría que observarla en verano, la conocida *Burjassotensis*, variedad que es casi una reliquia vegetal.

Las casuarinas (*Casuarina equisetifolia*) que crecen al lado, en su mayoría ejemplares macho, se alinean vigilantes y expectantes, y a través de un intrincado bosque de bambúes (*Phyllostachys spp*) que se hace casi inexpugnable nos conduce a través de la zona más intrincada del parque.

Continuando el paseo ahora hacia el sur, nos encontramos con el mejor grupo vegetal del jardín, constituido por cinco ejemplares de carrascas (*Quercus rotundifolia*), destacando una de ellas en particular y que posee una oquedad en su tronco que todavía la hace más bella. Han crecido al amparo de un soberbio pino, hoy caído y reducido al tronco principal al que han desnudado de sus ramas para calentar chimeneas. Junto al vetusto resto

arbóreo han aparecido, traídos con todo certeza por los pájaros, varios pies de almez (*Celtis australis*) y que comienzan a adueñarse del espacio que dejó en su día la copa del pino abatido por los años.

Entre tanta espesura se hace un claro y aparece la luz. Lo primero que divisamos es un gran ejemplar de madroño (*Arbutus unedo*) y un mirto (*Mirtus communis*), arbusto dedicado a la divinidad Venus, que enmarcan junto a gran cantidad de gladiolos (*Gladiolus hybridus*) la presencia de uno de los elementos paisajísticos más notables que hay en el jardín, y que es el lago. La leyenda de la existencia en su día de caimanes en el lago parece más fruto de la imaginación que de la veracidad. Su tamaño es respetable, incluso existe una pequeña islita en la parte más ancha.

Vamos llegando al motivo ornamental fundamental del jardín. En uno de los extremos del lago artificial, emana una pequeña montañita de piedra que conforma en su ladera este una pequeña gruta. Amaltea, en el fondo de la gruta protege la infancia del gran Júpiter “juntador de nubes”. Imaginas tiempos pretéritos y de esplendor del jardín en donde la armonía de los tres reinos generaba un espectáculo lleno de vida, de interés y de encanto. Flota en el ambiente la magia. Desde la cima de esta pequeña atalaya se aventura la caída de agua al estilo manierista (movimiento arquitectónico y paisajista posterior al barroco) que brotaría entremedias de alguna de las piedras de su parte álgida y que daría la sensación de un manantial, hoy seco, con bastante naturalidad.

A nuestra espalda aparece el mejor ejemplar existente en el inventario vegetal del jardín. Una soberbia carrasca (*Quercus rotundifolia*), de más de 2,5 metros de perímetro, se alza incluso sobre las palmeras circundantes. Su magnífica estampa impresiona además por su extraordinario estado de conservación y es tal la apariencia de estabilidad que da la sensación de tener los





ASSOCIACIÓ VEHIS NUCLI ANTIC BURJASSOT

pies en la roca y la cabeza en las nubes. Dicen que todos los jardines están hermanados por las plantas que lo conforman, pero la presencia y la contemplación de semejante escultura viva lo hace singular y lo denota como el elemento más anciano de toda la vegetación de Burjassot, superior incluso al pino del paseo de Concepción Arenal. Bello baluarte que nos confirma que la jardinería es el único espectáculo en el mundo del que los ojos y el corazón no se cansan jamás de disfrutarlo.

Hacia la izquierda siguiendo el sendero hay un reducto de una plaza de tipo italiana, romántica, con una pequeña escultura central y bajo la sombra de un ejemplar de *Pinus halepensis* que ha perdido la verticalidad ocasionado por el gran vuelo que posee y la piedra que aflora, y que constituye el sustrato subterráneo a no a demasiada profundidad. No en vano se tardaron 233 años en la construcción de Los Silos. Todo Burjassot se establece sobre una gran losa de piedra.

Una pequeña pérgola semiderruida con campanillas moradas (*Ipomea híbrida*) mezclada en la actualidad con zarzaparrilla (*Smilax aspera*) abre nuestro deambular hacia el interior de tan entrañable estancia. Una zona de madreselvas (*Lonicera implexa*) y otra de vinca azul (*Vinca mayor*) termina de cubrir parte de la rocalla posterior que hay al fondo del motivo central de esta pequeña plazoleta.

En el extremo más alejado del Castillo, y en dirección levante, nos encontramos con un espacio un poco más degradado de vegetación, y en el que abundan especies alóctonas o foráneas de nuestra ecología, entre las especies que podemos encontrar tenemos el ailantus (*Ailanthus altissima*), la morera (*Morus nigra*) y dominada esta área por una masa de eucaliptos (*Eucalyptus globulus*) en el que destaca un gigante ejemplar que abre sus ramas hacia la esquina de la plaza que lleva el mismo nombre que el Castillo. Otras especies están presentes en esta zo-





Associació Veïns Nucli Antic Burjassot

na como un pino canario (*Pinus canariensis* y una palmera del Himalaya (*Trachicarpus fortunei*).

Ya estamos cerca del Castillo otra vez, y situado junto a la puerta de acceso al parque desde la plaza de San Juan de Ribera, aparecen restos de un seto de cipreses (*Cupressus sempervirens*), del que quedan bastantes unidades con vida, abandonado de cuidado, y conformado con ejemplares que alcanzan los 5 metros de altura, lo que desdibuja su previsible cometido originario que debió de ser el de remarcar los bordes de estos cuatro pequeños parterres que aparecen en el pasillo central y que incluso son visibles desde el exterior del jardín. Cipreses que como columnas se elevan gradualmente dejando penetrar la luz por sus intersticios para que las plantas que crecen en su base reciban como migajas esta bendición que les es vida.

Ya junto al Castillo, adornando las rejas del muro, se extiende una bougainvillea bermellón (*Bougainvilleaspectabilis*) que da un detalle de color simpático, y llegando por el camino que une la plazoleta central aledaña a la entrada con el Castillo, bordeada con gladiolos, se encuadran ejemplares de palmitos (*Chamaerops*

humilis), pitas (*Agave americana*) y algunas plantas suculentas como el *Aeonium arboreum*, todos bajo la sombra atenta de una falsa pimienta (*Schinus molle*) que domina poderosamente todo el espacio.

Una escalinata nos lleva de nuevo hacia el acceso al edificio, atravesando un vergel desordenado de múltiples ejemplares de palmeras pequeñas procedentes de semilla, de algún ejemplar transportadas por los innumerables pájaros que revolotean juguetones entre los árboles.

Sorprende no encontrarnos con ningún ejemplar de una cierta envergadura de algarrobo (*Ceratonia siliqua*), que suelen colonizar rápidamente, por su proximidad a la zona de huerta, los jardines con bajo nivel de mantenimiento. Sí aparecen múltiples grupos de aligustre (*Ligustrum japonica*) y de olivastro (*Olea europea silvestris*) repartidos por todo el parque y que ya se conforman como pequeños bosquetes muy tupidos.

El jardín, tras un segundo recorrido que me permite captar aspectos que antes me habían pasado desapercibidos, no tiene la apariencia de deteriorado ni degradado. Es coherente con su diseño, y su exuberancia es fruto de la mano de la naturaleza que ha realizado su labor pacientemente a lo largo del último siglo y medio. Menos el ejemplar de carrasca anteriormente citado, que supera esta edad, todos los demás ejemplares existentes no creemos que sobrepasen el centenar de años.

Cuentan, y cabe dentro de lo posible, que en el jardín se descubrió, en junio de 1939, un cartel pintado a mano con la frase «Cada caminante siga su camino», atribuida a Don Antonio Machado que, como consigna poética para una compañía del ejército republicano, podría haber acuñado en los meses que vivió en Rocafort en el camino que le alejaba de Madrid y de Guiomar, su amor secreto y postero, y que le acercaba al exilio y la muerte en Colliure. Esta frase no aparece después en ningún verso de su obra poética en esta redacción, aunque sí otras parecidas como la de «...caminante son tus huellas el camino, y nada más...» o «...se hace camino al andar.» en su libro «Soledades».

El jardín asume el sentido cósmico de una imagen idealizada del paraíso. Cuesta trabajo abandonar este espacio que invita al sosiego y la reflexión. Siento que estoy en deuda con él; jamás, en mi vida de visitante de espacios verdes tanto dentro como fuera de España, he recibido tantas sensaciones favorables durante el tiempo que he compartido con él.

Como un enamorado siente el vacío y la añoranza al separarse de su joven amante, acabo de cerrar la puerta que me aleja del interior del jardín y ya siento la nostalgia de su ausencia.

Miguel Gibaja
Paisajista

